

PICÓN SALAS, VENEZOLANO UNIVERSAL

A Raúl Nass, fraternalmente.

En Chile sirvió de corrector de pruebas y de escritor anónimo para agencias comerciales; en México fue profesor en El Colegio de México; en Nueva York enseñó en la Universidad de Columbia; en Francia fue embajador de Venezuela ante la UNESCO; participó en conferencias internacionales y en coloquios de eruditos. Picón Salas nunca dejó su febril actividad de americanista genuino y generoso. Rondando por esos mundos, tanto bajo los efectos de sombríos acontecimientos políticos, como en funciones oficiales, en nombre de su patria, fue siempre señorero estudioso del Nuevo Mundo y generoso amigo. Fue su destino el de dialogar sin coqueterías con sus contemporáneos, y cifró sus esperanzas en la dignidad del hombre. "Los europeos que nacieron en el regazo de civilizaciones viejas, ya ordenadas y sistematizadas no pueden comprender esta instintiva errancia del hombre criollo", escribió para explicar su voraz interés en lo universal sin olvidar lo regional. Su vasta obra, sus numerosos libros y ensayos, corroboran la "avidez de cultura" y la sensibilidad de Picón Salas. Los que tuvimos la fortuna de tratarlo personalmente nunca olvidaremos su apariencia sencilla, su hablar noble, su mirada acogedora y, sobre todo, su tolerancia. Sufrió el destierro, sobrellevó la amargura y la privaciones de la pobreza, y nunca ocultó su sincero modo de pensar y de ser. Como él mismo dijo, aspiró "a compartir con otros la múltiple responsabilidad de haber vivido".

Perteneció Picón Salas a ese puñado de escritores latinoamericanos que se han proyectado sobre el mundo, llevando a cuantas las aspiraciones de sus compatriotas. Sin reposo, sin la tranquilidad que exige la investigación sistemática, sin embargo, pudo don Mariano acumular grandes conocimientos sobre arte y literatura, sobre historia y filosofía. Nos dejó páginas de pujante estilo, donde retrata las convulsiones de Venezuela, los afanes de América, y sus contrastes con Europa. Historia, ensayos, hasta novela y poesía escribió. Y, al igual que Germán Arciniegas, palpó sudorosamente el corazón de América, caló los

misterios de una tierra llena de evocaciones, labrada en las cuestas de un sistema montañoso, ríspido, austero. "Con una frase, una cita, un nombre, un adjetivo, crea un mundo de sensaciones y evocaciones vitales o intelectuales", ha escrito Juan Liscano. Y añade: "Nunca separó lo sensorial y cotidiano de lo conceptual y general. Por eso, al exponer un tema cualquiera, sabía revestirlo con la materia ardiente de lo vivido".

El mismo Picón Salas nos lo dice: se lanzó a la conquista de mundos morales y sociales. Venezuela, América, son sus constantes preocupaciones. *Miranda, Pedro Claver* —el Santo de los Esclavos—, *De la conquista a la independencia*, reiteran con todo el aparato erudito, su preocupación americana. Maneja documentos y legajos, y los tamiza con evocaciones literarias de singular maestría. Se le ha podido reprochar también a él, como se le ha reprochado a Arciniegas, la ausencia de la referencia. A lo que Picón Salas respondió: "A la página plagada de citas preferí, de acuerdo con mi temperamento, lo que revelaba no sólo un esfuerzo de transmitir noticias, sino lo que es humanamente más urgente: entenderlas". Y es que Picón Salas se siente más cercano al labriego lector, que al agrietado *scholar*. Más que las nomenclaturas, le preocupó la dignidad del humanista. Por eso sacrificó conscientemente las exigencias del académico empolvado, para entregarse al calor del aluvión popular. Sin embargo, en toda su concepción americanista no falta el dato exacto. No dispensa extrañas fraseologías, pero asocia la cita al pensamiento. En tanto que otros grandes ensayistas hispanoamericanos del siglo xx se acercan a América con poesía, como Alfonso Reyes; con sonrisa y respeto, como Germán Arciniegas; con adusto perfil, como Ezequiel Martínez Estrada; con esguinces estilísticos, como Jorge Mañach, o con autobiográficos recuerdos, como Andrés Bello, Picón Salas fija su derrotero cultural "des-viviéndose". Y ya sea en las páginas descriptivas, biográficas o analíticas, sobresale siempre el esmerado escritor, espontáneo y metódico, sagaz, profundo, erudito. Si ya a los veinte años manejaba con gusto en Chile los libros de la Biblioteca Nacional, pasados los cuarenta se hizo eco de toda una tradición ancestral americana para "con-vivir" tormentosa historia de la insurgencia hispanoamericana. Y es que todos sus ensayos, aun aquellos que parecerían prontas víctimas de la temporalidad, ostentan la erudición animada que no la da siquiera un metódico tarjetero. Véase, a manera de ejemplo, "Teoría de las Sinfonías". Para trazar el esquema de lo que ha llegado a ser

los *juke boxes* en los Estados Unidos, Picón Salas se remonta a la palabra *iowken*, empleada en el inglés medieval de Chaucer, hasta convertirse en las montañas de Kentucky, en el *jook joint*, donde solazaban los mineros sus penas, con cerveza o whiskey. De allí pasa Picón a contar cómo se fabrican, el efecto que producen en el público norteamericano, a describir a los beodos estruendosos de las tabernas, a realizar disquisiciones sobre la diabólica influencia de esa máquina sobre la cursilería, la actitud superflua e infantil de los parroquianos, a la cita de André Gide, Pavlov, Ortega y Gasset. Indignado, Picón Salas amenaza con gravar dichas máquinas para eliminarlas del mercado. En esa viñeta del mundo actual, Mariano, enfadado ante un tosco instrumento, no se limita a condenarlo, sino que apela a sus lecturas para sacar del ovillo el hilo sedoso de su erudita meditación.

Claro está que no sólo de viñetas está formada la obra de Picón. *De la conquista a la independencia* es obra fundamental de la historiografía hispanoamericana. En la "Advertencia" vuelve Picón Salas a decirnos: "Para que el libro sea legible y no circule tan solo entre un respetable pero reducido círculo de expertos, he procurado podarlo del aparejo erudito". Al igual que Arciniegas, prefiere mantenerse al nivel del pueblo, que ser exclusivamente objeto de alabanzas o comentarios universitarios. La estructura de este portentoso libro sigue el desarrollo cronológico de América, desde los más antiguos vestigios de la cultura indígena, hasta "el alba de la revolución que viene". Uno de los aportes más importantes que hace Picón Salas en esas páginas en su estudio del barroco de las Indias. Llama a esta época, complicada, contradictoria, enrevesada y vital. El período barroco, afirma, tiene una verdad soterrada. Es una época en que prevaleció el monólogo, a diferencia del Renacimiento, cuando predominó el diálogo. El nuestro es el "monólogo de Segismundo". La literatura española del siglo xvii, nos dice Picón, es una serie de monólogos significativos que parecen columbrar la etapa final de la decadencia del imperio. El mexicano Bernardo de Balbuena, de otro lado, de infinita curiosidad, con plenitud de conocimiento y con prosa a la vez ampulosa y descriptiva, realiza la hazaña de la *Grandeza mexicana*, donde se respunta la geografía exótica. Balbuena es el testimonio de una nacionalidad naciente. Carlos de Sigüenza y Góngora, Pedro Peralta y Barnuevo estudian, inventan títulos, realizan las más enrevesadas observaciones y comparaciones, después de haberse

hartado con lecturas sobre ciencia, metafísica, teología, matemáticas. Hay confusión intelectual. Pero es el peruano El Lunarejo quien produce "la obra de crítica literaria más curiosa ... de toda nuestra época colonial", anota Picón Salas. En su *Apológico en favor de Góngora*, propugna ideas fundamentales: el arte debe ser diferente a la naturaleza, letras y teología no son lo mismo, así como tampoco lo son la belleza sagrada y la humana. Y para él, Góngora representa lo sagrado, por misterio. No exige aditamentos, y por su opulencia artística, se "hace misterio".

No obstante, el oropel es sólo el tamiz externo de la época. Por debajo de lo oficial y de lo eclesiástico, prevalece una actitud acre, inconforme, que representan Juan de Caviedes y Sor Juana Inés de la Cruz. El limeño es barroco no sólo por la forma de *Diente del parnaso*, sino más aún por la "expresividad y la violencia de su burla ... la crudeza de su grosería". Sor Juana Inés de la Cruz refleja el conocimiento científico, las nuevas interrogantes que presentan las tierras americanas, las cuales suscitan retoños que la escolástica no podía explicar. José de Acosta resume, como ningún otro estudioso de la época, el saber y la curiosidad, las teorías y las indagaciones que el Nuevo Mundo sugiere.

Esa meticulosidad en la pesquisa y esa elegancia en el escribir fueron desde la adolescencia afanes constantes de Picón Salas. Recordemos un episodio. El joven de dieciséis años acababa de leer su conferencia "Las nuevas corrientes del arte" en la Universidad de los Andes, la noche de 28 de octubre de 1917. Fue una gran sorpresa. El rector de aquella institución, animado, enardecido por la erudición y el estilo del adolescente conferenciante, dijo: "Acabáis de apreciar, en la contextura robusta de un muchacho erudito, esto que será la Patria del porvenir". Y añadió con genuino orgullo: "Esta conferencia que nos acaba de dictar el joven Mariano Picón Salas, señala una futura originalidad muy elocuente". Profetizó: "Se bosqueja en ella, con la solidez de un pensamiento nutrido, una personalidad exuberante. Su precocidad... pudiera ser, en el porvenir de la actual juventud de Venezuela, cuando los años consoliden la mentalidad exuberante, una personalidad de la familia espiritual de Cecilio Acosta, Fermín Toro y Aristides Rojas".

El ufano rector había lanzado al muchacho andino por su peregrinaje universal. De la soñolienta, sosegada Mérida, salía Picón Salas para emprender esa "instintiva errancia del hombre

criollo, la continua aventura de argonautas que debemos cumplir aun para esclarecer nuestras propias realidades". En aquella conferencia el jovencito escritor, aunque todavía con exclamaciones e interjecciones de iracundo adolescente, se manifestaba ya al erudito que habría de combinar siempre, en justa medida, el dato concreto, las lecturas amplias, el resultado minucioso de las investigaciones, con el más elegante estilo que ensayista hispanoamericano haya producido en el siglo xx. Manejó en su conferencia Picón Salas los conceptos de Romain Rolland, los artificios de Valle Inclán, las historias de Italia, los sonetos de Shakespeare, la amoralidad de Maquiavelo, la maestría de Corneille, el idealismo de Tolstoy, las excentricidades de d'Annunzio, para decirnos con la robustez de un nuevo descubridor a punto ya de "ser un espíritu fabricado a la manera de un Farrere o un Mirabeau", que "soñaba con el opio, con las amarguras del haschich". Llegó a leer libros de "pura cepa española, llanos y fuertes como una carretera polvorosa de la vieja Castilla". Había encontrado el fin y la definición de arte, de su arte. "El arte es la vida domada", dijo el joven Picón Salas. Y este venezolano cosmopolita se lanzó con las juventudes de una América Hispánica bullente, en medio del retumbar y del fragor cruento de la distante Gran Guerra europea, a buscar los vínculos de un mundo en cierne y de una nueva humanidad.

Aunque en alguna ocasión dijo Picón Salas que las páginas escritas por él antes de 1933 "resultan exageradamente verbosas y no desprovistas de pedantería juvenil", lo cierto es que en la conferencia leída la noche del 28 de octubre de 1917 ya quedaba bien arraigada la idea y la promesa de "ese amor a la vida que exige el cumplimiento de una misión". Y los avatares de una historia a veces repulsiva, a veces avasalladora, en lugar de amilanarlo, multiplicaron en Picón Salas su calidad de hombre y de escritor. No deja de sorprender a los eruditos de tarjeteros que un investigador y ensayista de la sensibilidad y la pericia de Picón Salas, a quien la vida le impuso la misión de ser "escritor nómada", haya podido investigar y escribir con ecuanimidad y sapiencia, sin gozar del sosiego prolongado aparentemente indispensable para el buen investigar y el buen escribir. Sin duda privilegiado con una memoria sin par, las lecturas iban prendadas y, al escribir, aun sobre temas aparentemente ligeros, se dibujaban brillantemente los datos sabrosos, no adustos, ni densos o soporíficos.

De nada nos serviría encomiar la obra de Picón Salas, si no advirtiéramos de entrada que el siglo xx ha sido prolijo en ensayistas de buena estirpe. Desde Pedro Henríquez Ureña, hasta Jorge Mañach, Germán Arciniegas, Arturo Uslar Pietri, Alfonso Reyes, Octavio Paz, todos bien conocidos dentro del ámbito de la lengua española, hasta los de más reciente hornada, Picón Salas descuella no sólo por su cristalino modo de pensar, sino también por su preocupación incansable por lo hispanoamericano. Ya desde temprano, como hemos visto en su conferencia en la Universidad de Mérida, hasta sus días últimos, Picón Salas se sintió producto de la corriente cultural europea, pero distinto en sus formas de ser. "Un doctrinarismo precoz venido con el correo de Europa trajo a nuestros países las luchas ideológicas de nacionalidades ya maduras, y vistió la realidad criolla con el velo de fórmulas extranjeras", afirmó unos seis años después de aquella conferencia en Mérida. Ante los estudiantes y profesores de la Universidad de Concepción, en Chile, sin empecinarse, afirma la independencia intelectual de América, tal como lo había hecho su compatriota Andrés Bello casi un siglo antes. Preconizaba la indagación de "nuestro propio destino", sin calcomanías improductivas. Defendía un sistemático método crítico para llegar a la realidad ecuménica hispanoamericana. La historia convulsionada de la América hispánica debía servirnos para buscar los derroteros definidos de un futuro fortalecido por ideas y planes propios.

Venezuela fue siempre su punto de partida. Aunque vivió un productivo destierro en Chile, regresa a su patria tan pronto como desaparece la horrenda dictadura de Juan Vicente Gómez, en 1936. Alimenta su esperanza la posibilidad de que la modernización esencial de su tierra natal, así como la reorganización económica y política de los otros países hispanoamericanos, dieran ímpetu a programas de corte cultural, que sirvieran para deslindar un mundo caduco y anacrónico de un naciente modo de vivir, con fórmulas universales, pero de raigambre telúrica hispanoamericana. La característica esencial de la obra de Picón Salas es esa preocupación hispanoamericana.

Observó diáfanamente su patria, pero no dejó de lado las convulsiones de los otros países. Cuando en 1923 llegó a Chile, presencié cambios políticos en su tierra adoptiva que habrían de servirle de base para una posible reforma educativa. La inestabilidad de la situación chilena de entonces lo conmueve. En correspondencia privada con Rómulo Betancourt, advierte que

debe evitarse en Venezuela la procreación de teóricos, y dedicar los esfuerzos a la acción. "Pulir y afinar la conciencia del hombre para que sea cada día más humana, es decir más perfectible" fue la esencia de su pensamiento político, dotado de una fuerte preocupación ética. Así, la cultura, la ética, el destino del hombre hispanoamericano son la preocupación fundamental de Mariano Picón Salas. "Pretendí pedir a mi trabajo intelectual mucho más que un artificio: una norma para ser más avisado, más tolerante y más libre". En medio del fragor de la vida, buscaba la armonía, la tolerancia, la bondad. No quiso erigirse por sí mismo en ejemplo para los demás. "Toda vida es persona, y sólo enseña realmente a los que padecieron pegados a ella con la piel y la costura de los nervios", nos dice, con grietas de intenso dolor. Y su avidez de cultura configura su modo de ser y su inquietud social. Si a los veinte años creyó que tendría "una vida sedentaria y contemplativa", pronto la vio, sin embargo, llena de banales accidentes y de ríspidos acontecimientos, que le sirvieron para aguzar sus observaciones y le permitieron columbrar el futuro sin pánico. De aquellas empedradas calles merideñas, surgieron las caminatas que adobaron con ricos matices intelectuales los reveses de su vida personal.

Pedro Grases ha dicho que "Picón Salas ha sido el escritor venezolano de mirada y perspectiva más universal en las letras contemporáneas, con profundo contenido nacional, y aun, como matiz más delicado, enraizaba sus sentimientos y convicciones en su ciudad natal". Esa preocupación medular hace que Picón Salas desdeñe pequeños esfuerzos baldíos, transitorios, que poco contribuyen a la edificación de Hispanoamérica. "Huerta, telar y escuela más que caserna, debe ser nuestro plan de subsistencia histórica". Y en forma admonitiva, advierte: "Nuestra auténtica Revolución no consiste en pelearnos en las calles por determinado dogma o excluyente teoría ... sino [en] ofrecer al Universo las reservas y esperanzas de tanta Naturaleza por poblar y domesticar". Y en modo profético, y mucho antes que se popularizara la expresión, Picón Salas, ante la pugna irreversible de dos potencias con ideologías opuestas y polarizadas, apunta la existencia de un tercer modo de ver el mundo y el desarrollo social, es decir, lo que ahora señalamos como *tercer mundo*, en el que Venezuela ostenta, con orgullo y derecho, posición prominente. "Entre los dos campos antagónicos —escribió Picón Salas— cabe soñar en la *tercera posición*: la de los países pequeños que no desean desgarrarse, sino desarrollarse, y para quienes

la tarea no consiste en pugna por la primacía, sino por el bienestar y la cultura".

Tal vez porque Venezuela ha sido "uno de los países donde la Historia se vivió más como tormenta y como drama", quiso Picón Salas dotar a su patria de un ambiente moral, de libertad amplia y de tolerancia. Preconiza la voluntad organizada, el plan técnico, "hacer de esta igualdad criolla por la que el venezolano combatió y se desangró durante más de un siglo la base moral de nuestra historia". Su "tesis venezolana" es, en resumen, el ímpetu imprescindible para que la nación pueda llegar a ser creadora.

Aunque dueño de una de las prosas más deleitosas de la lengua española, Picón Salas no se destacó por ser novelista. El donaire de su estilo lo demuestra en el ensayo y en las pesquisas históricas. Pero, al igual que Arciniegas, cuando se acoge a la pura fantasía, demuestra que la realidad que estudia y analiza, es mucho más elocuente y vital que la invención. Arciniegas relató los sufrimientos de un puñado de personas en los campos de concentración de la Alemania nazi. No tuvo que inventar para que la narración fuera más emocionante, más tajante que la realidad misma. Así aconteció con Picón Salas en *Los tratos de la noche* (1955). No rebasó la novela los ensueños de su adolescencia, ni los encantos de su creación poética. Se sentía desilusionado ya entonces el maduro escritor. La dictadura perezjimenista hacía estragos en su patria, y Picón Salas se acogió a la invención literaria. El Alfonso Segovia de su novela subraya el "testimonio de una crítica social, el retrato disolvente de una sociedad", como bien dice Siso Martínez. Por medio de ese Segovia quiso Picón Salas dar a conocer los vericuetos de sus secretos pensamientos, el desengaño de un forjador de ideas, urgido de un ambiente acogedor.

Acertadamente nos dice Esther Azzario, estudiosa y buena conocedora de la obra del venezolano, que "en la abundante bibliografía de Picón Salas no aparece un libro de poemas". Así pues, habiendo publicado tres sonetos el 17 de enero de 1964, en *El Nacional* de Caracas, hemos de recurrir a ellos para conocer mejor el tormento que hizo cimbrar al gran merideño. En "Tres Sonetos del Desengaño, España, siglo XVIII" nos revela, pudorosamente, "la amargura personal y el desengaño que nuestra América convulsionada le producían", según palabras de Azzario. *Todo fue ayer. Tiempo asesino/por la helada pendiente se desliza/agostando las flores del camino.* Aquí ya confiesa

Picón Salas el desencanto del esfuerzo fallido. Nos anuncia, al igual que las coplas de Jorge Manrique, la transitoriedad del inminente presente: *Todo pasó, pavesa y desvario. / Anuncio de la muerte en la ceniza / imagen desvelada del hastío.* En ese último verso se nos muestra Picón Salas cansado, casi aturdido, pues ahora ruedan las lágrimas del frío ya pronto a ir de la mano contrito a su última morada: *Señora Muerte, ya a su cita acudo ... Hundo en arena la cansada huella, / ingravido en la lengua de la llama / volar quisiera a la lejana estrella.*

Es que Mariano, con la voluntad férrea del genuino escritor, del observador acucioso, del investigador incansable, se percataba bien de que la madurez no es más que la continuación no siempre sagaz de una niñez y adolescencia fogosas. Y cuando ya parece que podría lograr la perfección, se presenta la mortaja impávida, implacable. Por eso dice, en *Regreso de Tres Mundos*: "Pues la paradoja humana consiste en que cuando pretendemos haber aprendido más y estaríamos aptos para desarrollar el aprendizaje, nos estamos acercando a ese desaprender y olvidar que es el morir".

A fuer de soñador, no desconocía la realidad. La palpó candente. Si bien recordaba y añoraba a su abuelo marchando por los Andes en su paciente mula, sentía también el impacto de la técnica moderna, del bullicioso tráfico de la vida urbana. Sintió en los pocos años que van de la adolescencia a la madurez más cambios que los que se notan entre "varias dinastías egipcias". De la vida apacible, provinciana, recibió los consejos morales, un sistema de ordenada, ingenua jerarquía. De entonces escanció recuerdos que alentaron su vida de hombre maduro, y exprimió esencias, no moralejas, que tal vez podrían servir a las nuevas generaciones. No fue su propósito dar moralejas. "Cada hombre, cada generación, debe encontrarse con sus propios reveses y librar su peculiar apuesta con el destino". En medio de los apasionados debates extremistas, prefirió Picón Salas su "liberalismo —un poco anacrónico— al monopolio de la verdad y las fórmulas inflexibles que ofrecían los nuevos empresarios de mitos". Abierto a todos los debates, amigo de las conversaciones bien condimentadas, prefirió la bondad a los paroxismos de la intransigencia, y ofreció el acercamiento al fanatismo ideológico. "El polvo que avanza nos confundirá con el polvo de nuestros abuelos". Consciente de la existencia de un camino irreversible, dudando a veces de la efectividad de la admonición y del ejemplo, escogió la benevolencia sobre la impertérrita justicia.

La dictadura gomecista y los descalabros financieros de su padre, forzaron a Picón Salas a salir de su patria. Titubeó. ¿Era preferible dar con sus huesos en una mazmorra y morir olvidado, quizás heroicamente, pero sin consecuencias, o salvar el cuerpo para futuras luchas? El joven no estaba dispuesto a dejar su vida en las cárceles de Gómez. Quería gozar de los libros, de las tertulias literarias, del alucinante y contradictorio mundo hispanoamericano. Ya en Chile, participó en la plaza pública de Valparaíso de las discusiones con grupos anarquistas, colaboró en la revista *Claridad*, de Santiago, y tomó parte en las candentes asambleas de la Federación Chilena de Estudiantes. En una de esas cenas de muchachos animados por un mundo nuevo, habló de Venezuela y escuchó por vez primera "a un joven largo, de descoyuntados pasos y de voz melancólica, que se llamaba Pablo Neruda". De las miserias de su fonducho descansaba en las tertulias de Eduardo Barrios o en la casa de Armando Donoso. Y en la Biblioteca Nacional don José Toribio Medina, contaba la historia colonial como si fueran acontecimientos del día.

Presentía el joven desterrado los presagios de temblores que habrían de cambiar el mundo latinoamericano. Pudo ver de cerca a los apristas y describirle a Rómulo Betancourt sus impresiones de aquel líder volcánico, Víctor Raúl Haya de la Torre. Dado a profundizar las teorías políticas en boga, Mariano vio cernirse sobre Europa el horror cruento del fascismo y el tenebroso stalinismo, y se preguntaba si en medio del frenético entusiasmo revolucionario de algunos de sus compañeros "no se escondía algo ajeno a la idea misma de Revolución, como el muy terrestre apetito de estrategia de poder". El poder político parecía ser el único fin. La lectura de George Sorel, Curzio Malaparte, León Trotsky, ¿eran una indagación o una guía para la toma del poder, "como fin supremo y autónomo"? Y ¿dónde quedaba en todo ese fanatismo la América Hispánica? El escritor, el intelectual no podía zafarle el cuerpo a su responsabilidad nacional. Así ha sido la tradición en la América Latina, la gran y bendita tradición hispanoamericana. Para Picón Salas, si es cierto que el intelectual no debe zafarle el cuerpo a su responsabilidad, tampoco puede sacrificar lo que Valery llamó la "política del espíritu".

Aunque, según Picón Salas, América ha sido —sigue siendo— el continente del misterio, sin embargo ha tratado de desentrañar ese "enigma psicológico, que es a la vez nuestro drama,

nuestra esperanza y nuestra fascinación". Cíclicamente, América sufre sacudidas morales y políticas, y luchan lo primitivo y lo civilizado, y cada pueblo se ve envuelto en su propio misterio, y se conjugan la violencia y el heroísmo, la maledicencia y el clamor religioso, los achaques de la senectud y la urgencia del mozalbete. La anarquía da paso a la estabilidad férrea. La turbulencia busca en el caudillismo criollo un sentido de dirección, fallido, brutal, inescapablemente cruento.

Críticos como Guillermo Sucre y Rafael Pineda, que también conocieron personalmente a Picón Salas, han escrito con sapiencia sobre su agonismo. Todos lo hemos clasificado justamente como ensayista. Pero Mariano se rebela contra esa clasificación. "A mí ya me pusieron el título de *ensayista*", dice enfadado en una ocasión. "El crítico o comentarista no supone que alguna vez me de la gana de escribir un estudio histórico, un cuento o una novela". Sin duda, le sofoca el "encasillamiento". "Parezco condenado a convertir en «ensayo» todo cuanto toco". Todo eso cultivó Picón Salas. Pero hizo algo más: definió al ensayista. "La función del ensayista —cuando lo es como Carlyle, Emerson, Santayana, Unamuno— parece conciliar la Poesía y la Filosofía, tiende un extraño puente entre el mundo de las imágenes y el de los conceptos, previene un poco al hombre entre las oscuras vueltas del laberinto y quiere ayudarle a buscar el agujero de salida". Y subraya: "No pretende como el filósofo ofrecer un sistema del mundo intemporalmente válido, sino procede de la situación o el conflicto inmediato".

Así combinó, con recamada prosa, los temas americanos Picón Salas: tuvo algo de poesía, y mucho de "filosofía", pero se obstinó en indagar el destino de Nuevo Mundo. Sin dejar de lado lo auténticamente autóctono y las luchas que se produjeron al encontrarse frente a frente las dos grandes culturas —la española y las precolombinas—, no dejó nunca de destacar los fecundos aportes de Europa. Ya hemos visto que Picón Salas no se aferra a un europeísmo servil. Pero no deja de comprender que la simbiosis se había iniciado desde el momento mismo del contacto y choque de esos dos monumentales grupos humanos. Las formas indígenas y españolas llegaron a yuxtaponerse. El movimiento de independencia iniciado en 1810 buscaba, entre otros fines, establecer un sistema que permitiera el libre comercio con Europa, emular la revolución francesa y el sistema político de la nueva república del Norte. En fin, América deseaba incorporarse al mundo occidental. ¿Qué habría de ser el siglo XIX

—nos recuerda Mariano— sin ese deseo de instaurar nuevas formas europeas en un medio donde prevalearían tradiciones arcaicas y formas de cultura que, aunque autóctonas y ricas, no parecían acomodarse a la fuerte corriente que emanaba de Europa? “Contra todos los esquemas rencorosos que puedan erigir el odio o las propagandas políticas, nuestros arquetipos de cultura y progreso social los absorbemos en la llamada civilización Occidental”. Claro está que no todos los latinoamericanos llegaron a “europeizarse”, ni tampoco así lo propugnaba Picón Salas. Pero la lengua española dio validez a las nuevas normas técnicas, a nuevas formas de vivir. No implica esto negar la validez y vivencia de las culturas indígenas, pero “para salvarnos de algunos mitos, los hispanoamericanos recordemos cuanto raizalmente occidental hay en nuestra formación histórica”.

Sin duda estas afirmaciones de Picón Salas pueden conducir a la polémica. Afirma, no obstante, que sin que sea necesario crear desde la tábula rasa, Hispanoamérica necesita afrontar el futuro por medio de una “conciencia americana solidaria e indivisible”. Eso implica “una terapéutica de objetividad”, que permita recoger con sabiduría lo grande del pasado y desechar los enconos entre países hermanos y llegar a comprender a los Estados Unidos, en la misma forma que este país ha de comprender a la América Latina. Un futuro incierto, donde la tecnología parece dominar al humanismo, donde se barruntan peligros que sobrecogen el ánimo, nos exigen, al Norte y al Sur, “una amistad de cuentas claras”.

Pero hay mucho más en la vida y la obra de Mariano Picón Salas. Lo conocí en uno de sus destierros, peregrino como otros venezolanos de buena estirpe, con el goce legítimo de su hidalguía merideña, accesible a la gente joven, afanoso en sus pesquisas históricas, afable en su trato personal. Sufría el trasplante y deseaba siempre regresar a su Venezuela, para contribuir a su buen desarrollo político y educativo. Ya de profesor en la Universidad de Columbia, en Nueva York, o de embajador de su patria ante la UNESCO en París, o en la Universidad de California, en Los Angeles, o de embajador en Colombia o en Brasil, Picón Salas tuvo un norte: la concordia, la dignidad, el buen saber, la buena amistad, el cumplimiento del deber.

ROBERTO ESQUENAZI-MAYO